

que guardaban en la plaza las fortificaciones y los almacenes de armas y municiones. Participó que la salida de los últimos contingentes expedicionarios, se verificaría en la primera quincena de Febrero. Esa comunicación enviada á Maximiliano fué recibida por el padre Fischer, quien informó á Bazaine, diciéndole que Maximiliano no había querido recibir nota tan severa é injusta para sus ministros. Bazaine no volvió á ver á Maximiliano y la ruptura fué ya definitiva.

A los muchos motivos existentes para el rompimiento de relaciones entre Maximiliano y Bazaine, vinieron á añadirse otros, por haber solicitado el general en jefe condecoraciones de la cruz de Guadalupe para varios oficiales y soldados pertenecientes á regimientos que habían hecho toda la campaña. [1]

Entre los comisarios franceses faltaba enteramente la armonía respecto á la manera de apreciar en México la situación; tal desacuerdo llegó á conocimiento del gabinete de Washington por medio del ministro Matías Romero, bien informado de lo que ocurría en la capital mexicana. Sabíase allá que la permanencia de Maximiliano en México, después que se retiraran los tropas expedicionarias, disgustaba profundamente á los comisarios Danó y Castelnau y que Bazaine tropezaba con grandes dificultades para llevar adelante sus designios.

No era posible forzar á Maximiliano á seguir al ejército francés y que regresara á Europa en los furgones de los expedicionarios, cuando el mismo gabinete de Napoleón confesaba con franqueza, en 31 de Diciembre, que la retirada en tales condiciones era una mancha en la vida política de Maximiliano, y que mejor sería conseguir su alejamiento de otra manera. Siempre se dudó que tuviese la energía necesaria para emprender la campaña, donde podía encontrar la suerte reservada á los conquistadores vencidos.

La conducta militar y política de los comisarios franceses, aparecía sospechosa porque se inspiraba en las instrucciones vagas y mal definidas de las Tullerías, proceder que abrió la puerta á porción de compromisos y á intrigas amistosas con los republicanos, á los cuales hizo saber Bazaine que, aunque su gobierno le impedía verificar nuevas expediciones, también le ordenaba batirlos si se acercaban á las plazas ocupadas por los expedicionarios, á una distancia menor de dos jornadas de camino, y en este sentido se dirigió á los jefes Porfirio Diaz y Vicente Riva Palacio. La situación era enteramente falsa, y de ella brotaban hechos contradictorios; Bazaine aseguró que se atenía precisamente á instrucciones escritas. Desde la llegada del general Castelnau, había dejado de recibir Bazaine correspondencia directa de Napoleón, é interrumpió

(1) El secretario Fischer ya no se dirigía á Bazaine sino al general D'Osmont, diciéndole, que la conducta del Mariscal había ocasionado el término de las relaciones entre éste y Maximiliano; pero que deseando no dejar sin recompensa los buenos servicios de dignos militares, le proponía Fischer á D'Osmont que éste hiciese la solicitud en su propio nombre y no en el de Bazaine, ó bien que dirigiese una carta particular á la secretaría con igual objeto. El partido clerical se vengaba de las ideas liberales de Bazaine y á su vez hacía pagar muy caro á Maximiliano las tendencias liberales y reformistas que manifestó al principio de su reinado.

pió por algún tiempo los informes que también directamente enviaba á su Soberano.

El 10 de Enero (1867) dirigió Napoleón un despacho al general Castelnau, en el que le dijo que no forzara al Emperador Maximiliano á abdicar; pero que tampoco retardara la retirada de las tropas y de todos los franceses que no quisieran permanecer aquí. Tal conducta podía considerarse hostil al Mariscal, é indicaba que debía abrigar poca esperanza de valimiento en el porvenir. De aquí dimanó que se pidieran nuevas instrucciones á las Tullerías, no teniendo Bazaine en París quien le impusiera de la verdadera política que hacía ya un año seguía el gabinete de las Tullerías respecto á los asuntos de México, en los que se procuraba dejar que recayera sobre Bazaine toda la responsabilidad.

Ya en la capital, pudo palpar Maximiliano las dificultades invencibles con que tropezaba, al seguir los consejos que le diera Eloin desde el extranjero y los del padre Fischer aquí; conoció que era forzozo perder la esperanza de vencerlas, principalmente á causa de que se retiraba la legión extranjera y se desorganizaban los contingentes auxiliares del ejército mexicano, en cuyas filas había voluntarios franceses que con dificultad se quedarían aquí después de la salida del ejército expedicionario.

Maximiliano, por un rasgo indiscreto de generosidad, había concedido que no se asociara á su destino la fortuna de sus compatriotas y los desligó de toda clase de compromisos así como á los belgas. Entonces el Mariscal Bazaine le pidió que diese una disposición respecto á los militares franceses que servían en el ejército mexicano, y Maximiliano le dijo que también quedaban en libertad, según su última carta dirigida al cuartel general el 7 de Enero. Parecía increíble que ante tanta desorganización y en presencia de hechos definitivos, conservara todavía Maximiliano esperanzas de que la corte de las Tullerías suavizara sus rigores, contribuyendo á sostener sus ilusiones una carta de la Emperatriz Eugenia, en la que lisonjeaba al Príncipe diciéndole que esa misiva tenía por objeto curar la herida abierta por las disposiciones del gobierno francés. Perdió Maximiliano sus secretas esperanzas únicamente, cuando desde Compiègne se le ordenó á Bazaine, que repatriase no solamente á las tropas francesas, sino también á las legiones austriaca y belga. (1)

(1) Entre Maximiliano y los representantes del Emperador francés, ocurrieron nuevos disgustos que aumentaron día por día las mútuas recriminaciones. En la noche del 15 de Enero [1867] el general Márquez, jefe del segundo cuerpo del ejército, mandó aprehender á los señores Pedro y Eduardo Garay, tachados de sostener relaciones con los republicanos armados. Al siguiente día el general Ugarte, jefe de la policía, recibió un oficio del general francés De Maussion, que mandaba la subdivisión de México, citándole para las tres de la tarde; Ugarte se presentó al general francés y éste le dijo: que permanecería detenido hasta que fuera puesto en libertad D. Pedro Garay, quien poseía un salvo-conducto del Mariscal Bazaine y por lo mismo no podía ser arrestado.

Ugarte se dirigió al Ministro de Gobernacion y éste en seguida envió una nota al Mariscal Bazaine, denunciando como un ultraje la conducta seguida con el jefe de la policía, pues Garay no había sido arrestado por él, y aun cuando lo hubiera sido, no tenían los franceses el derecho de intervenir para ponerlo en libertad. Por su parte, el general Márquez dirigió al Ministerio de la Guerra, copia de una carta del general De Maussion, en la que ordenaba que fuese puesto en libertad in-

Siendo manifiesto el deseo respecto á que Maximiliano abdicara, el Mariscal hizo todo lo posible para obligarle á ello, ayudado por los ministros de Austria y Bélgica. Los franceses, á ese fin, no solamente pusieron en poder de los republicanos muchas poblaciones y armas, sino que suscitaron cuantos obstáculos les fué posible para impedir la organización del nuevo ejército imperial. (1)

La opinión pública se mostraba excitada por la discordia que estalló entre Maximiliano y Bazaine, aunque ya se aseguraba que las instrucciones proceden-

mediatamente D. Pedro Garay y que se le devolviera el salvo-conducto que se le había tomado dado por Bazaine; Marquez informó que ningún salvo-conducto había mostrado Garay al ser preso, y que ni siquiera había dicho que lo tuviera. El Ministro de la Guerra contestó: que los dos Garay serían juzgados por una corte marcial, y dirigiéndose á la vez á Bazaine, le preguntaba confidencialmente, si había dado á D. Pedro Garay algún salvo-conducto y le hacía notar cuan peligroso es confiar á enemigos del gobierno tales medios de seguridad. El Mariscal no contestó á esta nota.

El día 16 volvió á dirigirse Marquez al Ministro de la Guerra, acompañando su carta con un oficio del general De Maussion, en que éste le decía: que el general Ugarte quedaría preso hasta que D. Pedro Garay fuera puesto en libertad. La nota de Marquez fué enviada al Mariscal Bazaine, pidiéndole la libertad del jefe de policía, con las excusas debidas á la justicia y á las cordiales relaciones entre los dos Imperios; el siguiente día tuvo el Ministro de la Guerra una conferencia con el Mariscal, y en seguida fué puesto en libertad el general Ugarte, entregado Garay á las autoridades francesas para ser juzgado por una corte marcial mexicana y Bazaine dió, el día 19, explicaciones escritas acerca de la prisión de Ugarte.

Otro incidente se presentó por entonces. El Mariscal Bazaine se dirigió el día 17 al ministerio de Maximiliano, quejándose de que el Diario nombrado "La Patria," había publicado en la mañana un artículo, en el que insultaba á los militares franceses y á la dignidad é intereses del ejército; que en consecuencia había mandado que juzgara la corte marcial al autor del artículo ó a editor, quedando suprimido el periódico. En este asunto se cambiaron varias notas, fueron puestos en libertad los dos presos; pero quedó suprimido el periódico. La intervención del Mariscal dió motivo á muchos comentarios, viniendo esos incidentes á complicar la situación, ya bastante grave.

(1) El mes de Enero (1867) así como parte de Diciembre anterior, se habían pasado en preliminares de arreglo con los republicanos. Respecto á este asunto escribió una carta el general Porfirio Díaz, en la que se encuentra una grave acusación contra el Mariscal; en dicha carta, reproducida por los periódicos europeos, se lee: "El Mariscal Bazaine, por intermedio de tercera persona, me ofreció entregarme las ciudades ocupadas por los franceses y poner en mi poder á Maximiliano, Márquez, Miramón y demás, si yo aceptaba una proposición que he rehusado porque no la encontré honrosa."

Otra proposición proveniente igualmente de la iniciativa del Mariscal Bazaine, se refería á la adquisición de seis mil fusiles y de cuatro millones de cápsulas. "Si yo lo hubiera querido, dijo el general Díaz, también me habría vendido cañones y pólvora; pero rehusé aceptar estas proposiciones." Fuera de tales explicaciones, se ignora absolutamente lo que pasó entre el Mariscal y el general Díaz, en lo que se refiere á la primera proposición; pues en cuanto á la segunda si existen algunos detalles que se deben á Mr. Kératy: "En cuanto á la entrega de seis mil fusiles, cuyo asunto se trató á petición de Maximiliano, esas armas fueron comprendidas en el material que podía ser entregado, *al futuro jefe del Estado legalmente reconocido*. La propia declaración de Mr. Otterburg, bastaría para atestiguar la autenticidad de esta proposición, en la forma y en el fondo, pues ella ha dado origen á la famosa carta de Porfirio Díaz dirigida al Ministro de Juárez, Romero, y publicada más tarde por el gabinete de Washington. La tercera persona á la cual Porfirio se refiere, es precisamente ese cónsul americano que bajo ningún concepto había sido autorizado para hacerse intérprete oficioso ni oficial del cuartel general francés cerca de ese jefe disidente, según él mismo puede atestiguarlo."

"La proposición que Porfirio entiende haber rechazado como poca honrosa, se relaciona con el reconocimiento de la deuda y de los empréstitos franceses. En cuanto á la cesión eventual de cañones y de fusiles, se encuentra su explicación en la relación que precede. Queda el designio a tribuido al Mariscal, de haber querido entregar secretamente á Porfirio armas, lugares del Imperio y aún al Emperador y sus generales, calificado de calumnia. Porfirio Díaz á quien no se puede sino alabar la enérgica reivindicación de los derechos de su país, ha cedido á pérfido consejo ó á un sentimiento culpable, que él no puede dejar de desaprobare."

Con relación á ese asunto, he aquí lo que refiere M. Duvernois en su obra sobre la Intervención francesa en México, (pág. 310): "Porfirio Díaz había enviado á México un individuo apellidado Thiele, para tratar del cange de prisioneros, y este personaje fué el intermediario entre el Mariscal

tes de París, hacía cerca de un año, prescribían obtener de Maximiliano una abdicación, aunque apareciese con el carácter de forzada. (1)

Al regresar Maximiliano de Orizaba á fines del año de 1866, se detuvo en los alrededores de la capital en la Hacienda de la Teja, de donde no salió sino hasta los últimos días del siguiente Enero. El tiempo urgía, una fuerza considerable de republicanos había penetrado al Estado de México; apenas llegado Maximiliano á la Teja, se le avisó que sus contrarios habían tomado á Cuernavaca, situada á diez y siete leguas de la capital, siendo esa población la elegida muchas veces por él para residencia imperial, y de aquel rumbo recibía la capital mexicana gran parte de sus provisiones. Aquella ciudad había estado sometida á la vigilancia de la compañía franca mandada por el capitán Clery, retirado del servicio al partir de México el ejército francés.

Se creyó indispensable volver á posesionarse de Cuernavaca y para ello fué comisionado el coronel jefe de la guardia municipal de México, Paulino Lamadrid, dándosele trescientos gendarmes y ciento cincuenta cazadores; con esta corta fuerza tomó el camino que conduce al Sur, vía accidentada y peligrosa y el general mexicano. Los despachos de Thiele estaban dirigidos á los jefes franceses de los puntos avanzados, y del mismo modo éstos les hacían llegar á los puntos avanzados de los republicanos y de allí eran enviados á su destino. Thiele no tomó interés en que quedaran secretos sus actos. Por otra parte, Porfirio Díaz tenía en México amigos indiscretos, y entre éstos se decía: que Thiele había escrito á Porfirio un despacho en cifras, en el cual se trataba de los ofrecimientos del Mariscal, con respecto á la entrega de seis mil fusiles y otras municiones." "En ese despacho, Thiele refirió con exactitud el estado de las fuerzas de Márquez y explicaba de qué manera se podía fácilmente batir al general imperialista."

(1) "El Nacional" de México publicó algunos años después lo siguiente:

"El telégrafo nos anunció ayer que ha hecho sensación en París la publicación de una carta del general Díaz, en la cual declara que Bazaine le propuso entregarle las ciudades que estaban bajo el poder de los franceses, y lo que es más al Emperador Maximiliano, á Miramón, á Mexía y á otros jefes imperialistas, si el general Díaz aceptaba proposiciones que éste rechazó por deshonorosas.

Es una verdad que Bazaine traicionó al Imperio que su soberano le mandó sostener; que conspiraba de acuerdo con los republicanos contra el Imperio; que cuando la persona intermedia entre él y los juaristas, que era D. Pedro de Garay y Garay fué descubierta y presa por la policía del Imperio, Bazaine mandó oficiales suyos á salvar los papeles que lo comprometían, y luego exigió se le entregara al preso; que negándose Maximiliano, mandó formar una columna de infantería para sacarlo por la fuerza del cuartel de la guardia municipal donde estaba encerrado; es verdad que Bazaine vendió armas y pertrechos de guerra á los republicanos, que les descubrió los planes de resistencia y de guerra del gobierno imperialista y que lo traicionó y le hizo cuantos males pudo hasta que se embarcó. Es verdad que hasta el 2 de Marzo sus agentes trataban con los del general Díaz, sirviendo de conducto un francés empleado del general mexicano, Thiele, si mal no recordamos. Es verdad también que á los oficiales y soldados franceses que con su consentimiento y del gobierno franceses se quedaron en México bajo las banderas del Imperio, los declaró desertores en los días de embarcarse, si no volvían á las banderas francesas, lo que dió motivo, dice un historiador contemporáneo, á que Escobedo, considerándolos como desertores, fusilara ciento noventa franceses en San Jacinto, lo que ocasionó una protesta terrible contra Bazaine, de varios oficiales franceses.

Algún día con criterio imparcial se escribirá la historia del segundo Imperio en México, y se verá que la perfidia de Bazaine contribuyó no poco á la ruina de aquel, y que el traidor de Metz bien merecía las memorables palabras que le arrojó al rostro D. Alejandro Arango y Escandón en hora solemne para el Imperio: "Idos, nada importa. Habéis hecho muy poco por vuestro soberano: menos aun por la Iglesia: nada, absolutamente nada, por vuestra honra."

Nada extraño sería pues, que nuevo Judas, hubiera entregado á los republicanos al Emperador y sus generales, él sobre quien la sangre del Cerro de las Campanas caerá perdurablemente como sobre el otro traidor, mexicano por desgracia, que entregó á su bienhechor, á su soberano y á sus hermanos de armas en la plaza de Querétaro.—MAX."

que atraviesa por un terreno desolado, de formación volcánica, y poco poblado hasta llegar á la ciudad. Cerca de Cuernavaca encontró Lamadrid á la guarnición imperial que se había visto obligada á retirarse y la incorporó á su fuerza. Los republicanos abandonaron la ciudad á la aproximación de la columna imperialista, que entró á ella sin disparar un solo tiro. En la tarde, sabiendo Lamadrid que sus contrarios estaban cerca de la población, manda ensillar y sin esperar á que le siguieran los suyos franquea las trincheras, acompañado tan solo de unos pocos; pero á doscientos metros de la plaza cae en una emboscada, cien fusiles disparan; varios de los que le rodean caen muertos, él herido en la frente da media vuelta en busca de sus cazadores que acababan de franquear las trincheras, y que sorprendidos por sus contrarios se desbandan, desordenan la gendarmería que les sigue y que se rehace aun al mando de Lamadrid, quien poco después muere. Los republicanos descubren una pieza de artillería y ametrallan á los imperiales, hasta que se apoderó de ella el subteniente Imbert con veinte gendarmes.

Retirada de Cuernavaca la guarnición imperialista, fué conducida á Toluca y en seguida á México, yendo con las tropas los vecinos que se consideraban comprometidos. El convoy era largo y á duras penas se logró que, combatiendo á los republicanos pasara por el desfiladero de las Cruces. Los enemigos del Imperio, organizados y fortalecidos avanzaban y la capital era presa de mortal incertidumbre; el dinero se ocultaba y muchos establecimientos eran clausurados.

Creció el pánico al saberse que el comandante en jefe, Bazaine, había resuelto que la capital mexicana quedaría evacuada definitivamente el 1.º de Febrero (1867). Llegaban á la ciudad familias mexicanas del interior del país y las de europeos que seguían á los diversos cuerpos franceses que, después de atravesar la capital, continuaban su marcha para Veracruz.

Los republicanos, avanzando siempre, sitiaron á Texcoco, separada de la capital por el lago del mismo nombre, y defendida por el coronel Miguel López con setecientos hombres, en los momentos en que se verificaba la concentración de los imperialistas en la capital, á la que entraron procedentes de Puebla los gendarmes al mando del comandante Chenet y se unieron al batallón Hammerstein y al regimiento de húsares rojos. Con estas fuerzas enviadas á Texcoco, se logró que se levantara el sitio y se salvara la guarnición (1).

(1) En Febrero de 1867 se reunió en México un grupo de franceses, antiguos soldados que por la circular de Bazaine que los consideraba desertores, ó por otros motivos, se encontraban en la mayor miseria, sin que su Legación pudiera socorrerlos. Entonces el jefe de escuadrón M. Chenet, tuvo la idea de hacer con ellos un cuerpo especial en servicio del Imperio, y el 23 del mismo mes pidió autorización para organizar aquella fuerza, compuesta solamente de franceses con los grados que habían tenido en el ejército.

En este nuevo cuerpo estaban los que habían cumplido su tiempo de servicio y que sin poder ocuparse en negocios no hallaban otro medio de subsistencia; los que no habían tenido tiempo para reunirse á la columna expedicionaria que se encontraba en Veracruz; los que enganchados en el ejército imperialista mexicano se encontraban disgregados, y todos los desertores franceses que no



*Coronel Paulino G. Lamadrid.*

Resuelto y activo partidario del Imperio, asistió á porción de importantes hechos de guerra, entre los cuales se distinguió el verificado en Zitácutaro, en Julio de 1864, sacando la peor parte los republicanos. En las agonías del Imperio, después que por el voto de los Consejos regresaba Maximiliano de Orizaba á la Capital, con designio de convocar un Congreso Nacional que pusiera fin á las arduas dificultades con que tropezaba, fué enviado el Coronel G. Lamadrid á Cuernavaca para auxiliar á la guarnición hostilizada allí por los republicanos. Venciendo grandes obstáculos en la penosísima marcha que ejecutó, pudo llegar á esa ciudad. Allí, impulsado por su temerario arrojo y acompañado de pocos, franquea las trincheras y cae en una emboscada; cien fusiles dispararon sobre el pequeño grupo de imperialistas; Lamadrid ve caer á su derredor á varios de los que le seguitan, y á su vez recibe en la frente una bala que le originó la muerte.